

## **Remezcla del relato “Mediana” de El Sur: instrucciones de uso.**

### **Rocío Trejo.**

El silencio no era una banda sonora que nos hubiera unido en ninguna circunstancia. Nuestras conversaciones siempre se daban en dos dimensiones.

Haciendo memoria, no recordaba haber mantenido muchas conversaciones con mi padre mirándole estrictamente a los ojos.

Hay que estrellarse en un escenario para poder conversar cara a cara con tu propio padre y en silencio.

Mi superpapá... salvo ahora. Qué cómico.

—Joder, joder. Mierda.

Al intentar articular un «papá» entré en contacto con una constelación de dolor que hasta ahora me había sido desconocida... Como si el sistema nervioso hubiera descubierto un nuevo territorio. Había que hacerle un hueco en el mapa, habría que, a partir de ahora, hacer hueco a un montón de violentas sensaciones.

—Joder, joder. Mierda.

Canutazos de los periodistas. Mi hermana es periodista. Yo soy la pequeña. Una categoría de excepción entre mi umbral de dolor y mi capacidad de actuar. Estaba consumida por un dolor que en su sola magnitud ya me tenía bastante ocupada. Conócete a ti misma, no duele.

—Joder, joder. Mierda.

No era momento de pensar en esto, por rápido que lo hiciera.

NECESITABA contactar con una mirada directa con esas familiares retinas, saber que todo ese dolor tendría una sola justificación en algún momento, que papá pondría su mano en mi barriga y el malestar se diluiría en alguna canción posterior, una vez digerido.

Cuando di toda la vuelta al cuerpo discursivo, comprobé que había algo más en sus ojos. Había un terror prohibitivo para el estatus de un padre, una imagen que hizo anular todas y cada una de las imágenes anteriores que tenía asociadas al concepto papá, incluso la recientemente archivada «papá va camino de anciano».

Papá iba camino de otra cosa. Ahora, papá había sufrido un golpe espectacular. Cerró los párpados extremadamente despacio al ver que me acercaba al micro. Eso sí que fue un gesto de terrible ternura. Escucha, papá. Dime algo. Fue en vano que intenté alzar la voz, cantando más fuerte que nunca.

—Joder, joder. Mierda.

Opté por contraer el brazo y rasgar las cuerdas, aún más fuerte.

Nuca nos dijeron que quienes tenían el papel de cantar así podían tener las yemas de los dedos hechas trizas o acabar con el mástil clavado en el pecho, por no hablar de las piernas, que en ese preciso momento temblaban tanto que pensé que se iban a desencajar de las caderas.

Se suponía que tú ibas caminando por un territorio perteneciente a la nada. Tú ibas caminando por un horizonte de melodías y acordes y de pronto encontrabas a un tipo desconocido entre el público. Nadie te ponía en el supuesto de que subirte a un escenario a cantar tus verdades costaba por lo menos un hondo afán de valentía y su consiguiente ahogado chillido con la letra como tema principal.

Si había que dejarse la voz, no estaba tan mal hacerlo en esas circunstancias.

Se oía el murmullo incesante típico de los bares mediterráneos y soñé con una gran burbuja de aire que me aislara de todo lo que me rodeaba. Pero a mí, aquella mirada me estaba quitando las dos barritas de fuerza que mi personaje ostentaba en este escenario en que me quedaría unos cuantos temas más. Sal de tu propia canción. No te regodees en las imágenes y la certeza de la impotencia, no seas débil. Haz algo, no me jodas. Me soplaba mi mente con timbre de saxofón.

—Joder, joder. Mierda.

Consigo ponerme a cantar la siguiente canción, sacudo la conciencia, tragándome los alaridos. Sacudo a papá, con la mirada, lo zarandeo de nuevo entre las melodías. Papá se niega a reaccionar. Empiezo a cantar con suavidad, en otra táctica. Me sonrío como ausente. Esto es un disparate. Tengo el pelo empapado en sudor. Apelo a las palmas en el público, ¡zas!, consigo venirme arriba.

Él ya no podía cuidar de mí. Me hice mayor, estaba tocando sola. Le estaba contando mis verdades y estaba claro que en aquella nueva situación, me había repartido el papel de responsabilidad. Como si hubiera un director de teatro dirigiendo la escena con una incompetencia flagrante. Pero no, es la ley de la selva. La hija pequeña se le va de las manos al padre de cincuenta y largos que se percata de todo lo que se han perdido mutuamente.

Así que me lancé haciendo un tema con el ritmo rarísimo que mi dolor le imponía al tiempo. Mi objetivo era llegar a su escucha, donde, ilusa, creía que debería comprenderme. El guionista de este concierto se había escondido.

—Joder, joder. Mierda.

Mi padre empezó a escuchar un poco más atento. Puso la clásica mueca con sonido que se prolonga en el tiempo. Yo tiraba más por la risa y mi padre más por la incredulidad, en un equilibrio que me pareció de lo más extraño en aquel momento.

Todo estaba bien. Idiota. Fue lo último que pensé antes de empezar a oír los aplausos que me sacaron del letargo musical.